

1993

ANTE EL PLENO DEL PARTIDO SOCIALISTA DE  
CHILE

Con ocasión de la proclamación  
de EF como candidato

06 Agosto 1993

**Amigas y Amigos:**

Este acto del Comité del Partido Socialista en que Uds. me reciben, constituyen para mí un momento muy especial, rodeado de emociones, que trae a mi memoria no sólo etapas de la historia del país sino también fuertes recuerdos personales.

Hace muchos años, durante la década de los cincuenta, viví muy directamente la relación que ligaba a mi padre con Salvador Allende. Pude observar cómo dos hombres que tenían diferentes concepciones filosóficas del mundo, estaban vinculados, además de la amistad, en la gran aspiración de crear un Chile mejor y más justo. Después, también experimenté el distanciamiento que se generó entre ellos como producto de los apasionados debates y conflictos políticos de aquella época. Durante los años 60, proyectos excluyentes y una actitud generalizada de intransigencia dividió profundamente a la sociedad chilena y transformó a socialistas y demócratas cristianos en adversarios irreconciliables, cuando no en francos enemigos. La relación humana personal de Allende y Frei corrió la suerte de los tiempos y se transformó, con su distanciamiento, en una más de las muchas expresiones de división que marcó ese período.

Se trató de una división dolorosa entre chilenos que debimos permanecer unidos, porque, más allá de nuestras naturales diferencias, compartimos el ideal común de la justicia social, la democracia y el progreso como objetivos de la convivencia colectiva. Esa separación, fue uno entre los varios factores principales que abrieron las puertas a un tiempo difícil de nuestra historia. En el largo interregno que va de 1973 a 1989 esos ideales fueron postergados y el país en su conjunto, particularmente el pueblo, pagó un alto precio por nuestro desencuentro.

Sin embargo hemos sido capaces de aprender de los errores que todos cometimos. La lucha contra el autoritarismo nos permitió reencontrarnos para juntos comenzar a transitar por esos espacios de justicia social que soñaron desde distintas perspectivas de pensamiento tanto Eduardo Frei como Salvador Allende.

Por ello este acto no es una simple proclamación de mi candidatura. Es un hito más de este reencuentro entre dos corrientes fundamentales de la historia y el progreso de nuestra patria: el humanismo socialista y el humanismo cristiano. Por lo mismo acepto, honrado, esta la postulación que Uds. me ofrecen y los invito a que sigamos juntos por esta senda compartida. Ella fue trazada por grandes figuras de nuestra historia, fue retomada con valentía por la Concertación de Partidos por la Democracia y el Gobierno de Patricio Aylwin y a nosotros corresponderá, a partir del 11 de marzo de 1994, llevarla a niveles superiores de desarrollo y expresión.

Saludo en esta ocasión al Socialismo representado por este Comité Central. Un Socialismo que como movimiento tiene en el mundo más de ciento cincuenta años de historia y que en nuestro país, como partido organizado, se ha vinculado a las grandes tradiciones de nuestra democracia por más de sesenta años.

Tiempo fecundo en el cual figuras como las de Oscar Schnake, de Eugenio González y de miles de otros socialistas han impuesto a sus luchas políticas y sociales un sello de consecuencia al servicio de la causa de la libertad y la justicia social. Por ello se han constituido en una vertiente fundamental del quehacer colectivo de nuestra nación.

Ustedes, socialistas, con sus luchas y con su idealismo, con sus éxitos y sus fallas, han dejado una marca indeleble en nuestra historia y en nuestra cultura.

¡Que equivocados estaban quienes, en su momento, creyeron que un movimiento tan vinculado a nuestra historia podía ser extirpado mediante la persecución y la proscripción!

Errados estaban también, los que subestimaron las posibilidades de renovación y cambios de que podría ser capaz el movimiento socialista. El socialismo ha demostrado, a lo largo de las épocas, en el marco de una fidelidad a valores permanentes, una enorme capacidad de adaptación y cambio. El socialismo chileno no ha sido excepción a esa regla y, por el contrario, ha demostrado una vitalidad de la cual carecen los conservadores, esto es la vitalidad de encarar el dinamismo de la época moderna y sus nuevas realidades.

Hay algunos que hablan con liviandad de los cambios sin asumir el proceso de desgarramiento que toda transformación profunda significa. El cambio supone dolor y coraje. No es fácil. Muchas veces es amargo. Uds. los socialistas chilenos, han asombrado a la

comunidad nacional --y me atrevería a decir a los más variados observadores de los procesos políticos del mundo-- con un proceso de renovación que ha sido notable por su honestidad, por su profundidad intelectual y su coraje. Hoy, al hablar frente a Uds. no puedo dejar de hacer referencia a ese proceso interno que Uds. han vivido y saludarlo como uno de los grandes y más positivos rasgos que marcarán esta etapa de nuestra historia.

No es posible en una ocasión como esta, no hacer referencia a las tareas del presente y del futuro que deberemos abordar mediante la colaboración de todos los partidos que componen la Concertación de Partidos por la Democracia.

Los partidos de la Concertación, con su participación en el gobierno del presidente Aylwin, han cubierto un período extraordinariamente significativo en la historia de nuestra patria.

Podemos afirmar con satisfacción y orgullo que con este Gobierno, nuestro gobierno, se ha logrado reconstruir la convivencia nacional y consolidar las instituciones democráticas. Se ha avanzado consistentemente en la reforma de la institucionalidad heredada del régimen anterior. Se ha logrado también progresos -aunque con insuficiencias- en la conquista de la justicia social, y en el desarrollo de un innegable clima de libertad. Ello se ha traducido en la posibilidad de mejorar la organización y participación social, posibilidad que debe potenciarse decididamente en los tiempos futuros. Ha existido también un innegable avance en el esclarecimiento de los derechos humanos y en la perspectiva -aún parcial- de obtención de justicia para esas violaciones. Todo esto se ha logrado en un marco de estabilidad y crecimiento económico que no presenta fisuras ni amenazas futuras.

A pesar de estos logros, aún quedan importantes tareas y sobre todo un gran esfuerzo para enfrentar nuevos desafíos que permitan situar a Chile, con pies firmes y claras proyecciones, en los umbrales del siglo XXI. Todavía no se ha logrado normalizar la subordinación de las Fuerzas Armadas al poder civil constitucionalmente electo. De igual manera aún queda una enorme tarea por cumplir en el campo del pago de la llamada "deuda social".

Durante los últimos años se ha caminado consistentemente en las tareas de impulsar la modernización y el desarrollo de Chile. Sin embargo, ningún país tiene el derecho de autoproclamarse moderno o desarrollado mientras una parte importante de su población permanezca en condiciones de pobreza y al margen de los beneficios del crecimiento económico. Comparto la opinión de Ricardo Lagos, que no tenemos derecho a conformarnos con nuestros éxitos económicos hasta que la modernidad y el progreso no haya ingresado al último de los hogares chilenos. Es es es nuestro principal desafío. Desafío que antes que nada constituye un imperativo ético de respeto a la dignidad de las personas y el reconocimiento de la igualdad de todos los seres humanos.

La conquista de esa meta involucra no sólo alcanzar una mayor equidad entre la gente, sino también la igualdad de oportunidades y perspectivas de todas y cada una de las regiones, provincias y comunas de nuestro país. Lograr eso es también nuestro desafío.

En este trabajo por la justicia social la presencia de los trabajadores debe ser central. Su fuerza, en cualquier marco social, institucional y político, radica en la amplitud y capacidad autónoma de sus organizaciones. También en la capacidad de las mismas para articularse con otros actores sociales en procura del bien común, la solidaridad y el progreso de nuestro país. En nuestro futuro gobierno, el impulso a la organización sindical de los trabajadores y al conjunto de organizaciones populares intermedias deberá ser una tarea consistente.

Nuestro instrumento privilegiado para alcanzar lo que nos proponemos es la Concertación. Ella representa el más amplio y estable arcoiris político, social y cultural que ha existido en nuestra historia. **Su diversidad es su riqueza, y su unidad es su fortaleza.** Es nuestro deber preservarla y desarrollarla abriendo nuevos cauces a la participación de todos quienes lo componen. Durante mi gobierno buscaré con ecuanimidad y sentido nacional interpretar al conjunto de este colectivo.

Pero antes que todo mi deber es ser Presidente de todos los chilenos y dirigir un Gobierno que esté por sobre los partidos que lo componen, sintetizando sus ideales y aspiraciones en pos de una sociedad más justa, más libre y más igualitaria.

No quiero dejar pasar esta oportunidad sin señalar que valoro profundamente el aporte organizado y decidido de todos los partidos políticos y especialmente los de la Concertación al fortalecimiento del sistema democrático. Ello tiene más sentido que lo diga en esta ocasión ante el Partido Socialista, que fue una de las mayores víctimas de una política sistemática impulsada desde el Estado para destruir a los partidos como uno de los pilares de la convivencia democrática.

Felizmente, la cultura cívica de nuestro pueblo y su larga memoria democrática, hacen volver, de manera segura, las cosas a su normalidad. Y esas grandes corrientes doctrinarias que guiaron a Frei y Allende hoy vuelven a converger, organizadas, en el sueño de una patria justa y más grande para todos.